

## RESCATADA

En una noche de tormenta, Mónica corría descalza por las calles de su ciudad. La lluvia empapaba su vestido de color miel y emborronaba las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas. Tenía el corazón quebrado. Quería olvidar. Necesitaba olvidar lo que había visto. Supervivencia. Se decía mientras los pasos la conducían cada vez más lejos del que fue su hogar.

Siempre fue una mujer de grandes convicciones. Creía en la honestidad de las personas, algo que en ocasiones la llevaba a ser demasiado inocente, para unos, y soñadora, para otros. También creía en la fidelidad, en el amor real, no el de las películas, de color de rosa, sino en el que se trabaja a diario, el que no teme a las discusiones, el que al final del día busca el abrazo.

Cuando se casó con Joan lo hizo por conveniencia, ambos lo hicieron, pero con el tiempo aprendieron amarse. O al menos, así lo había creído. Hasta que esta tarde lo encontró en brazos de otra mujer, en su casa, en su cama.

—No es lo que parece —dijo Joan al verla.

¿Por qué siempre dicen lo mismo al verse descubiertos? No se quedó para escuchar excusas. Tampoco hizo una escena, ni arremetió contra la joven rubia. Lo único que se le pasó por la cabeza fue huir, huir lo más lejos posible de allí.

En el instante que encontró a su esposo con otra mujer se sintió como si la hubiesen abandonado en una isla desierta, o en un largo túnel oscuro y sin salida. Ya nunca volvería a ser la misma. Con su traición, él había quebrado años de complicidad, de confianza. Quizá fue ella la culpable. O quizá no. Pero le daba igual, porque el corazón no entiende de culpables. Este órgano vital algunas veces ama, y otras odia. O las dos cosas a la vez. Ahora ella no sabría decir en qué lado estaría el suyo.

Debía llevar horas fuera de casa, porque el vestido lo tenía tan pegado al cuerpo que le pareció tener una segunda piel, tan helada, que cuando los escalofríos llegaron, ya no la abandonaron. El cansancio le provocaba jadeos, y los pies descalzos le suplicaban parar. ¡Dios cuánto le dolían!

Le pidió a su espíritu que acabara con este pesar, que la acogiera más allá del infinito, para navegar junto a las almas en armonía y paz.

Pero nadie acudió a rescatarla.

En el tiovivo de su cabeza se formulaba preguntas para las que no tenía respuestas. ¿Qué hará ahora? ¿Qué le dirá a su familia, a sus amigos? ¿Adónde irá? A casa no pensaba volver. Tampoco podía ocultarse el resto de su vida. Algún día tendrá que enfrentarlo. Aunque no será hoy. Ni mañana. Ni pasado. Con un poco de suerte cogerá una pulmonía y todo acabará pronto.

Si se muriera en este instante lo haría con el convencimiento de que en su vida fue feliz, con las pequeñas cosas. Para tocar la felicidad no hacía falta ni lujos, ni mucho amor, ni tan siquiera salud eterna, solo tienes que buscar el equilibrio perfecto.

Al girar una esquina se dio de bruces con una mujer mayor.

—¡Ay! Perdón, no la he visto —dijo Mónica.

La mujer no le contestó siguió caminando, igual que un autómata.

Al principio Mónica pretendía seguir en su andadura solitaria, pero había algo en aquella mujer que la invitó a seguirla. Entonces se percató de que era una abuela, vestida con un camisón blanco, de esos de algodón, descalza y tiritando de frío, igual que ella.

—¿Qué hace aquí? ¿Se ha perdido? —dijo Mónica cuándo la alcanzó.

La abuela la miró a los ojos y había tanta incertidumbre en ellos, que por un instante Mónica pensó que se había encontrado consigo misma.

—¿Y tú quién eres? ¿Qué haces empapada y muerta de frío? —preguntó la abuela.

—Me llamo Mónica, y yo..., yo ya no sé qué hacer con mi vida —dijo, pero inmediatamente después se arrepintió. Antepuso su desgracia al de la abuela. Ella sí que tenía un verdadero problema. Debía tener Alzheimer, porque era evidente que se había escapado de casa en camisón y ya no supo regresar.

—Perdone... ¿Dígame se acuerda cómo se llama? ¿Quiere que la acompañe a comisaría? Ellos la podrán llevar de vuelta a casa —dijo Mónica. No tenía con qué abrigar a la abuela, pero la abrazó para darle el escaso calor que todavía le quedaba en el cuerpo.

—Nada es lo suficientemente importante para renunciar a la vida. —Las palabras de la abuela eran firmes, todo lo contrario que su aspecto—. La vida es solo un suspiro, hija, no la malgastes buscando lo que no puedes tener, cuando lo más importante siempre lo has llevado contigo.

—¿Conmigo? ¿A qué se refiere?

—Te tienes a ti misma, hija, tú tienes que ser lo más importante para ti. Mientras recuerdes quién eres, ámate y cuídate, porque cuando ya no recuerdas quién has sido, entonces sí que habrá llegado el momento de perderte bajo una tormenta, con los recuerdos borrosos y los caminos cerrados.

A la abuela le dio un vahído. Mónica tuvo que hacer un gran esfuerzo para sostenerla. Cuando se recuperó le cambió la expresión de la cara.

—¿Quién eres tú? ¿Qué hago aquí?

Mónica no entendía qué le había pasado a la abuela, ahora parecía otra persona, más segura, más lúcida. Pero lo que sí sabía, era que debía buscar un lugar seco en donde llevarla, porque iba a enfermar y a esa edad podría ser su final.

—Venga conmigo, la llevaré a un sitio seguro. ¿Me dice cómo se llama?

—María de la Fuente —contesto contundente.

—Bien, María, usted se ha perdido, igual que yo, y las dos vamos a ir a la comisaría más cercana, para que nuestros familiares vengan a buscarnos. ¿Le parece bien?

La mujer se dejó llevar.

No hizo falta que llegaran a comisaría, porque un coche patrulla paró frente a ellas. La familia había denunciado la desaparición de María y la estaban buscando.

Los policías también interrogaron a Mónica, por su apariencia sospechaban que algo le había sucedido. Ella les dijo que le gustaba pasear bajo la lluvia, descalza, para notar a la madre naturaleza. No la creyeron. Pero le daba igual. No estaba preparada para regresar con su marido, todavía no. No tenía ni idea qué haría a partir de este momento, pero las palabras de la abuela le hicieron comprender que nunca había estado sola. Y nunca lo estará.

A los pocos minutos la familia de María llegó a las dependencias policiales. Abrazaron a la abuela con tanto cariño, que Mónica se estremeció. Cuando envejeciera le gustaría sentirse así de arropada, amada hasta el final de sus días.

La hija de María se acercó a Mónica y la abrazó. Y en ese instante sintió que todavía había esperanza para ella.

—Muchas gracias por rescatar a mi madre.

—En realidad, ella me ha rescatado a mí.

FIN